

LAS REVOLUCIONES BURGUESAS DEL SIGLO XIX: 1815-1848**THE BOURGEOIS REVOLUTIONS OF THE 19TH CENTURY: 1815-1848**

**FÉLIX MAXIMIANO BRIONES QUIROZ^{1*}, CRISTIÁN EDUARDO LEAL PINO²,
MAURICIO FERNANDO ROJAS GÓMEZ³ Y JUAN CARLOS MEDEL TORO⁴**

^{1, 2, 3, 4}Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Educación y Humanidades, Universidad del Bío-Bío, Chillán, Chile.

* Autor para correspondencia: Departamento de Ciencias Sociales, Facultad de Educación y Humanidades, Universidad del Bío-Bío, Chillán, Chile. Avenida La Castilla s/n. Teléfono: 41-203511. Fax: 253519. Correo electrónico: fbrione@pehuen.chillan.ubiobio.cl

RESUMEN

Tres principales olas revolucionarias se produjeron en el mundo occidental entre 1815 y 1848: 1820-1824; 1829-1834; y 1848, la más trascendental de todas. Estas revoluciones, al igual que la Revolución Francesa, fueron burguesas; es más, todas las revoluciones del siglo XIX, a pesar de sus diferencias, son hijas de la Revolución Francesa.

La primera ola revolucionaria posterior al intento de Restauración tuvo lugar entre 1820 y 1824. En Europa se limitó principalmente al Mediterráneo, con España en 1820, Nápoles en el mismo año y Grecia en 1821 como epicentros. Excepto el griego, todos aquellos alzamientos fueron sofocados.

La segunda ola revolucionaria se produjo entre 1829 y 1834, y afectó a toda la Europa al oeste de Rusia y al continente norteamericano. En Europa, la caída de los Borbones en Francia estimuló diferentes alzamientos: Bélgica en 1830 se independizó de Holanda; Polonia, entre 1830 y 1831, fue reprimida sólo después de considerables operaciones militares; varias partes de Italia y Alemania sufrieron convulsiones; el liberalismo triunfó en Suiza; y en España y Portugal se abrió un periodo de guerras civiles entre liberales y clericales. Por último, Inglaterra se vio afectada por la independencia de Irlanda en 1829.

La tercera y mayor de las olas revolucionarias, la de 1848, fue producto de aquellos años de crisis. Se fue gestando un malestar social, se buscaba que el pueblo tratara de llegar a las decisiones de Estado. Casi simultáneamente la revolución estalló y triunfó, de momento, en Francia, en casi toda Italia, en los estados alemanes, en gran parte del imperio de los Habsburgo y en Suiza (1847). En forma menos aguda, el desasosiego afectó también a Irlanda, Grecia e Inglaterra. Creemos que estas revoluciones consolidaron el poder de la burguesía en la sociedad europea del siglo XIX.

PALABRAS CLAVES: Restauración, revolución, burguesía.

ABSTRACT

Three principal revolutionary waves were produced in the western world between 1815 and 1848: 1820-1824; 1829-1834; and 1848, the most far-reaching of all. These revolutions, just like the French Revolution, were bourgeois. What's more, all of the revolutions in the the 19th century, despite their differences, are offsprings of de French Revolution.

After the re-establishment intent, the first revolutionary wave took place between 1820 and 1824. In Europe, it was mainly limited to the Mediterranean with, as epicenters, Spain and Naples in 1820 and Greece in 1821. With the exception of the Greek one, all of the uprisings were subjugated.

The second revolutionary wave was produced between 1829 and 1834, and affected from all of Europe to western Russia and the North American continent. In Europe, the fall of the Bourbons in France prompted different uprising: Belgium in 1830 became independent from Holland.; Poland, between 1830 and 1831 was repressed only after considerable military operations; various parts of Italy and Germany suffered unrest; Liberalism prevailed in Switzerland; and in Spain and Portugal, a period of civil wars between the liberals and the clericals unfolded. Finally, England was seen to be affected by Ireland's independence in 1829.

The third and largest of the revolutionary waves, that of 1848, was the product of those years of crisis. Social unrest was forming; the movement wanted the people to influence the decisions of the state. Almost simultaneously the revolution broke out and was victorious in France, in almost all of Italy, in all of the German states, in a large portion of the Habsburg empire, and in Switzerland (1847). Less acutely, the uneasiness affected Ireland, Greece and England.

We believe that these revolutions consolidated the power of the bourgeois in 19th century European Society.

KEYWORDS: Restauration, revolution, bourgeois.

Recepción: 05/07/05. Revisión: 15/11/05. Aprobación: 20/12/05

INTRODUCCIÓN

Rara vez la incapacidad de los gobiernos para detener el curso de la historia se ha demostrado de modo más terminante que en los de la generación posterior a 1815.

Tres principales olas revolucionarias hubo en el mundo occidental entre 1815 y 1848: 1820-1824; 1829-1834; y 1848, la más trascendental de todas. Estas revoluciones, al igual que la Revolución Francesa, fueron burguesas. Es más, todas las revoluciones del siglo XIX, a pesar de sus diferencias, son hijas de la Revolución Francesa. Sin embargo, existen claras diferencias, como las que señala Hobsbawm (1998):

A diferencia de las revoluciones de finales del siglo XVIII, las del periodo posnapoleónico fueron estudiadas y planeadas. Hubo varios modelos, aunque todos procedían de la experiencia francesa entre 1789 y 1797.

Luego de la caída de Napoleón y su posterior exilio en la isla de Santa Elena, los monarcas y los ministros a cargo de la dirección de las principales potencias europeas trataron de volver a la situación anterior a 1789; trataron de negar la historia, pero no se pueden detener los procesos sociales, ni por medio de las leyes, ni por la fuerza. La Restauración fue un proceso ahistórico, inevitablemente iba a fracasar.

Después del Congreso de Viena las fronteras de Francia retrocedieron a lo que ha-

bían sido en 1790 –casi perdió también Alsacia y Lorena– y se redistribuyeron desordenadamente las fronteras de los antiguos estados europeos para obtener algo que en general se asemejaba al trazado del Antiguo Régimen. Rudé (2004) señala:

Las potencias victoriosas parecían decididas a restablecer el antiguo orden y a reprimir, si era necesario mediante la violencia, las fuerzas políticas liberadas en Europa por la Revolución.

Entre los filósofos de la Restauración había algunos que miraban con añoranza una época anterior a la Revolución Francesa, a la Revolución Industrial, a la Ilustración, e incluso a la Reforma Protestante. Hacían hincapié en la necesidad de recuperar un orden social orgánico, basado en los deberes y no en los derechos; en una ideología y una moral únicas, y no en la diversidad de opiniones o conductas, en la fe religiosa y no en la marcha del intelecto.

No todos los que se oponían a aceptar la restauración de Europa pensaban y actuaban de la misma forma. Según Briggs y Clavin (2004),

había revolucionarios y liberales en la mayoría de los países de Europa. Ambos grupos creían que la labor emprendida en 1789 debía continuar. Los primeros solían ser profesionales en sus opiniones y desinhibidos en sus métodos, mientras que los segundos intentaban conservar las conquistas positivas para la libertad humana resultantes de 1789, evitando al mismo tiempo

los excesos revolucionarios. No confiaban en las conspiraciones, sino en el constitucionalismo.

La antigua sociedad aristocrática estaba desorganizada o transformada sin posibilidades de retorno, pero, sin duda, la aristocracia no había desaparecido. En Holanda y parte de Alemania la sociedad patricia y aristocrática se había debilitado más o menos del mismo modo que en el norte de Italia. La destrucción de las supervivencias feudales, la eliminación de los obstáculos opuestos al comercio y la industria y la revocación de los derechos señoriales, los peajes y la jurisdicción que pesaban sobre el suelo por supuesto contribuyeron a promover y estimular el crecimiento de la sociedad burguesa.

Para Hobsbawm (1998),

durante el periodo de la Restauración (1815-1830) el manto de la reacción cubría por igual a todos los disidentes y bajo su sombra las diferencias entre bonapartistas y republicanos moderados y radicales apenas eran perceptibles. Todos ellos tendían a adoptar el mismo tipo de organización revolucionaria o incluso la misma organización: la hermandad insurreccional secreta.

La más conocida era la de los Carbonarios. Tomó forma en la Italia meridional de 1806. La época carbonaria alcanzó su apogeo en 1820-1821, pero muchas de sus hermandades fueron virtualmente destruidas en 1823. Filippo Buonarroti, viejo camarada de Babeuf, fue su más diestro e infatigable conspirador, aunque sus doctrinas fueron mucho más izquierdistas que las de sus "primos".

Otro resultado del arreglo de 1815 fue la aproximación del nacionalismo y el liberalismo. Aunque ambos provenían en medida considerable de los años de revolución. A pesar de esto, el nacionalismo se acentuó notablemente en Europa después de 1815, llegando a su apogeo en 1848. Austria continuó siendo el blanco de las animosidades

liberales y patriotas hasta 1848. Al respecto, Rudé (2004), señala:

La democracia, otro producto de la revolución, sobrevivió y arraigó firmemente: no en los países que habían estado en la órbita política de Francia, sino en Inglaterra, donde el radicalismo, después de una proscripción de quince años durante las guerras con Francia, revivió alrededor de 1807 y comenzó a aportar ideas democráticas a los movimientos reformistas que se manifestaron en la Europa de principios del siglo XIX.

Revivió en Francia en la revolución de 1830, y con ideas y lemas nuevos, en la de 1848.

Las revoluciones nunca han sido obra de las grandes masas populares, sino que las provocan los agitadores, grupos reducidos de hombres ambiciosos, entre ellos los funcionarios a sueldo del Estado, los hombres de letras, los abogados, los responsables de la enseñanza pública, los médicos, en general las personas más instruidas. Fueron éstos los que encendieron la mecha para que estallaran las revoluciones posteriores a la Restauración.

Para realizar esta breve reseña historiográfica fue necesaria la lectura y análisis de libros de diferentes autores. El más destacado y preciso, a nuestro parecer, es Eric Hobsbawm. Historiador británico de prestigio mundial, de corte marxista e influenciado por la Escuela de los Annales, que utiliza fuentes primarias y efectúa una vasta revisión bibliográfica con respecto al tema de estudio. De igual forma, consultamos de Asa Briggs y Patricia Clavin, un trabajo concienzudo, también basado en fuentes primarias, junto con un análisis en base a bibliografía, de carácter interpretativo aunque desde un punto de vista más conservador que Hobsbawm. Se estudió, además, a varios autores reunidos por Julio Aróstegui, quienes realizaron un trabajo más que nada narrativo y descriptivo, con poco espacio para la interpre-

tación, que se acerca bastante a los estudios de la escuela positivista. Por último, nos gustaría destacar a George Rudé, historiador que ha trabajado junto con Hobsbawm, que se asemeja bastante a éste en sus interpretaciones, también con influencias marxistas y la utilización de fuentes primarias y secundarias. Obviamente, estos no fueron los únicos historiadores estudiados, sin embargo, son los más destacados e importantes a nuestro parecer.

Es así como en este artículo pretendemos demostrar que las revoluciones del siglo XIX consolidaron el poder de la burguesía en la sociedad europea. A través del análisis de textos de diversos autores que se refieren a las revoluciones del siglo XIX que ocurrieron en el continente europeo, hemos podido concluir que fueron fundamentalmente de carácter burguesa. Pero, al mismo tiempo, permitieron a los sectores populares manifestarse, hacer notar su presencia y participación en las diversas revoluciones europeas, aunque fuera expresada en la última de ellas en 1848, sólo como una “primavera de los pueblos”.

La tercera y mayor de las olas revolucionarias, la de 1848, fue el producto de aquellos años de crisis. Se fue gestando un malestar social, se buscaba que el pueblo tratara de llegar a las decisiones de Estado. Casi simultáneamente la revolución estalló y triunfó, de momento, en Francia, en casi toda Italia, en los estados alemanes, en gran parte del imperio de los Habsburgo y en Suiza (1847). En forma menos aguda, el desasosiego afectó también a Irlanda, Grecia e Inglaterra. Lo que en 1789 fue el alzamiento de una sola nación era ahora, al parecer, “la primavera de los pueblos” de todo un continente. A juicio de Hobsbawm (1998):

La inspiración de este movimiento era la revolución del año II y los alzamientos post-terrores, sobre todo la conspiración

de los iguales de Babeuf, ese significativo alzamiento de los extremistas jacobinos y los primitivos comunistas que marca el nacimiento de la tradición comunista moderna en política. El comunismo fue el hijo del “Sans-cullottismo”, compuesto por los socialistas, el trabajador pobre o nueva clase social de obreros industriales.

La extrema izquierda concebía la lucha revolucionaria como una lucha de las masas simultáneamente contra los gobiernos extranjeros y los explotadores domésticos. Dudaban de la capacidad de la nobleza y de la débil clase media, con sus intereses frecuentemente ligados a los del Gobierno, para guiar a la nueva nación hacia su independencia y modernización. Su programa estaba fuertemente influido por el naciente socialismo occidental.

De acuerdo a Hobsbawm (1998):

Las organizaciones blanquistas entre 1830 y 1848 se decía que estaban constituidas casi exclusivamente por hombres de la clase más baja. Este era un caso excepcional. El grueso de los conspiradores seguía formado, como antes, por hombres de las clases profesionales o de la pequeña burguesía, estudiantes y escolares, periodistas, etc.

La extrema izquierda de 1848 estaba decididamente a favor del principio jacobino de centralización y de un fuerte poder ejecutivo, frente a los principios girondinos del federalismo, descentralización y división de poderes.

Un factor occidental que reforzaría el internacionalismo de 1830-1848 fue el exilio. En los centros de refugio los emigrados se organizaban, discutían, disputaban, se trataban y se denunciaban unos a otros, y planeaban la liberación de sus países o la de otros pueblos. Según Hobsbawm (1998):

El comunismo, que trataba de explicar y hallar soluciones a la crisis social del mundo, atraía a los militantes y a los intelectuales meramente curiosos a su capital, París.

En aquellos refugios los emigrados formaban esa provisional –pero con frecuencia permanente– comunidad del exilio, mientras planeaban la liberación de la humanidad. No siempre les gustaba o aprobaban lo que hacían los demás, pero los conocían y sabían que su destino era el mismo. Juntos preparaban la revolución europea, que se produciría y fracasaría en 1848.

La búsqueda de las reivindicaciones de los obreros llevó, como había sido el caso poco antes en Inglaterra, a la aparición en Francia de un movimiento nacional de los trabajadores: primero en Lyon, y más tarde en París y otros lugares. Este fenómeno originó a su vez una nueva ideología de protesta popular, uno de cuyos aspectos centrales fue la reclamación de una “república social y democrática”, es decir, una entidad que ya no estaba formada a imagen de la burguesía liberal (como en 1789 y 1830), sino que coincidía más estrechamente con las nuevas necesidades de los productores esenciales. A juicio de Rudé (2004):

Se manifestó por primera vez esta fórmula en las calles y los clubes de París durante la primavera de 1848, pero se repitió en otras revoluciones, por ejemplo en Hungría, Grecia y Rumania más avanzado el mismo año. Por lo tanto, 1848 fue una culminación, en cuanto llevó a su término o completó algunos de los desarrollos del proceso “revolucionador” que se originó en Francia a partir del directorio. Pero en otros aspectos fue una derrota, y se convirtió en un movimiento de cambio de carácter muy distinto.

Incluso en Francia, donde la revolución de febrero pareció tan prometedora, las esperanzas de una “república social y democrática” duraron poco, y se esfumaron en el marco de la sangrienta derrota de junio. En Italia, la revolución de 1848, aunque fue el trampolín de la posterior unificación nacional, no promovió cambios sociales; y en Alemania –a pesar de que, como en Austria, se abolió la servidumbre o quedó debilitada–

la revolución fue un fracaso mucho más que un éxito, pues los liberales, que habían realizado su revolución bajo una bandera nacional pangermana y habían convocado a un parlamento nacional para señalar su victoria, se rindieron cuando comenzó a oírse la voz de las masas, y disolvieron su parlamento y devolvieron el poder a Austria y a los príncipes, según lo determinaba el Sistema de Congresos. Más aún, en ambos países los liberales y los nacionalistas viraron bruscamente hacia la derecha y, para unir a sus países, se situaron detrás de las medidas conservadoras o casi conservadoras de Bismarck y Cavour. De modo que, según Rudé (2004):

No es del todo impropio afirmar que también en el caso de París, 1848 marcó un momento de cambio. Después de haber sido durante sesenta años como el trampolín casi indispensable de la Revolución, ahora comenzaba a ocupar un lugar de segunda fila.

El año de 1848 fue el del Manifiesto del partido comunista redactado por Marx y Engels. A partir de datos e ideas derivados del filósofo dialéctico alemán Hegel, de las historias francesas de la “lucha de clases” y de la economía política británica, sobre todo la teoría de la plusvalía del especialista inglés en política económica David Ricardo, Marx y Engels crearon una nueva síntesis. En la misma Francia, donde el progreso de la industrialización fue relativamente lento después de 1815, abundaban las ideas socialistas, muchas de ellas propagadas por intelectuales que conocían mejor el interior de las bibliotecas que el de las fábricas. Y, de hecho, la palabra “socialismo” en su acepción contemporánea fue inventada en Francia.

Decidir el momento adecuado era, en opinión del joven Marx, posiblemente la más importante de las decisiones que debían tomar los revolucionarios. Y al parecer muchos pensaron que el momento era la primavera de 1848. Al respecto, Briggs y Clavin (1997) manifiestan:

Antes de que estallara la revolución de Febrero, la guerra civil de Suiza había acabado con la victoria de los liberales sobre los cantones católicos, y Suiza se había convertido en un estado liberal.

En Inglaterra se produjo una impresionante manifestación cartista en Londres el 10 de abril de 1848, en la que por primera vez se unieron a los cartistas los partidarios de la Joven Irlanda, un grupo nacionalista irlandés que había alcanzado cierta notoriedad tras la muerte de O'Connell. Tanto aquí como en todas partes lo principal era la juventud.

Según Briggs y Clavin (1997):

Para que el liberalismo y el nacionalismo triunfasen en Italia o en Alemania era tan esencial que se produjera una revolución en ese ente plurinacional que era el Imperio austriaco, y que Metternich desapareciera del panorama europeo, como lo era que se produjera una revolución en Francia; sin embargo, no fue en Viena, sino en Budapest, donde empezó la cadena de acontecimientos que acabaría provocando la caída de Metternich.

Los componentes de los disturbios que se produjeron a continuación en el heterogéneo imperio de los Habsburgo fueron muchos y contradictorios (liberalismo, nacionalismo, movimientos de campesinos, sin olvidar el antisemitismo); y pronto las grandes ciudades de Praga, Budapest, Milán y Venecia sucumbieron a la fiebre revolucionaria.

Nada de lo sucedido en Alemania hubiera sido posible de no haber cambiado los tiempos en Viena y París. En esa misma primavera de 1848, el 22 de mayo, cuatro días después de la apertura del Parlamento de Frankfurt, a la que asistió un solo campesino, y ningún obrero industrial, la asamblea nacional de Prusia, cuya composición social era más variada, pues incluía algunos campesinos, se reunió en Berlín, una ciudad to-

davía muy alterada, que la guardia civil no consiguió dominar. Era, pues, poco probable que las primeras conquistas de la excitante "primavera de la libertad" llegaran a consolidarse.

Para Briggs y Clavin (1997):

Las revoluciones de 1848 habían sido más rurales que urbanas, y las habían dirigido intelectuales con poca experiencia política, cuyos objetivos eran muy distintos entre sí, y los trabajadores que habían participado en ellas no eran en su mayoría obreros industriales, sino jornaleros, artesanos y maestros artesanos de poca monta, una mano de obra muy diferente del proletariado industrial al que se dirigían Marx y Engels en el manifiesto comunista.

Para los revolucionarios fue un signo particularmente ominoso que a lo largo de la primavera de 1848 Rusia, donde se produjeron numerosos disturbios en el campo, pero ninguno en las ciudades, se mantuviese a la expectativa. Nicolás I había movilizado inmediatamente un gran ejército para apoyar a las posibles víctimas de agresiones francesas en febrero de 1848. Y aunque la situación europea cambió por completo tras la caída de Metternich y la revolución de Berlín, el gran ejército ruso –como sabían los liberales y nacionalistas de todas partes– seguía alerta.

Las revoluciones de 1848, la "primavera de los pueblos", no fueron más que eso; una primavera. Una primavera que cuando se marchó, todo, o casi todo, volvió a la normalidad. Las revoluciones del 48 comenzaron y fracasaron ese mismo año. Los sueños y esperanzas de campesinos y obreros tendrían que seguir esperando mucho tiempo más.

Cada situación revolucionaria tenía su propia historia, en la que convergían elementos diversos, posiciones confusas y personalidades enfrentadas, pero había algunos rasgos comunes a todas, entre ellos el desencanto final.

CONCLUSIÓN

Las revoluciones del siglo XIX consolidaron el poder de la burguesía europea. Estas revoluciones llevaron al poder a esta clase social en desmedro de la nobleza europea y, junto con ella, el sistema capitalista terminó por implantarse en toda Europa y, posteriormente, en casi todo el mundo. Estas olas revolucionarias (1820-1824; 1829-1832; y 1848) fueron planeadas y ejecutadas por burgueses. En ellas participaron proletarios y campesinos, sin embargo estos grupos fueron utilizados por la burguesía industrial para lograr sus objetivos.

Si bien es cierto en las revoluciones de 1848 hubo participación socialista, no se les puede tildar de revoluciones comunistas. A pesar de que el 48 es el año de la publicación del “Manifiesto del Partido Comunista” redactado por Karl Marx y Friedrich Engels, los comunistas recién comenzaban a figurar como una amenaza real al sistema capitalista en Europa. Ya Marx lo preveía en el mismo año 48 y vaticinaba que los movimientos sociales que se estaban llevando a cabo en toda Europa sólo servirían para consolidar el poder burgués en la Europa decimonónica. El movimiento comunista era débil aún, sin embargo, su fantasma ya recorría Europa.

El obrero industrial participó en estos movimientos, reclamó sus derechos como lo hicieron los Cartistas ingleses, no obstante, fueron manejados desde arriba por funcionarios, abogados, médicos y comerciantes que no luchaban por las reivindicaciones obreras. La democracia, reivindicada políticamente por la revolución francesa, cimentó su poder en toda Europa a través de las revoluciones, y si beneficiaron directamente a una clase social fue a la burguesía, que se sirvió de ella como medio para llegar al poder político.

El nacionalismo fue un factor crucial a la hora de incentivar a las masas revolucionarias, su presencia en los corazones del pueblo fue clave para la explosión revolucionaria de 1848. La “primavera de los pueblos” fue un movimiento nacionalista simultáneo a través de toda Europa. Este nacionalismo de la mano del capitalismo burgués desembocaría en el proceso colonialista e imperialista –la etapa superior del capitalismo, según Lenin–, llevado a cabo por las potencias europeas a finales del siglo XIX con consecuencias trascendentales para la historia del siglo XX.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos el financiamiento para la ejecución de este trabajo a través del Proyecto de investigación N° 056323 4/I de la Dirección de Investigación de la Universidad del Bío-Bío, Chile.

BIBLIOGRAFÍA

- BRIGGS, A. y CLAVIN, P. (1997). Historia contemporánea de Europa. 1789-1989. Barcelona: Crítica.
- BUCHRUCKER, C. y colaboradores (1999). El miedo y la esperanza. Los nacionalismos en Europa centro-oriental. Mendoza: EDIUNC.
- CASALI DE BABOT, J. (2001). Las revoluciones burguesas y los sistemas políticos del siglo XIX. En: Aróstegui, Julio y otros. El mundo contemporáneo. Historia y problemas. Buenos Aires: Biblos.
- HOBSBAWM, E. (1998a). La era de la revolución. Buenos Aires, Crítica.
- HOBSBAWM, E. (1998b). La era del capital. Buenos Aires: Crítica.
- MOMMSEN, W. (1971). La época del imperialismo, Europa 1885-1918, vol. 28. México-España: Siglo XXI.
- RUDÉ, G. (2004). La Revolución Francesa. Buenos Aires: Vergara.